

LOS GOLFOS DEL ARTE

Número 1



15 céntimos.

*A mi querido amigo y compañero de re-
bación el joven literato Alfonso Moner, un
buen amigo. José Giménez Maza*





LOS GOLFEOS DEL ARTE

REVISTA QUINCENAL LITERARIA

Reciba nuestro sincero saludo toda la prensa de España.

La Redacción.

PRESENTACION

Respetable lector: No esperes ver en esta modesta Revista firmas de escritores aclamados por la fama, excepción hecha de determinados maestros que nos honren con sus originales, pues todos somos jóvenes desconocidos en la república de las letras, ansiosos de lucha, con vehementes deseos de trabajar sin descanso, ambicionando únicamente exteriorizar nuestros pensamientos para que lleguen ante ti, y como juez soberano que eres, sanciones nuestra obra con la imparcialidad que te caracteriza; advirtiéndote que á la soberbia jamás dimos albergue en nuestros pechos y que acataremos tu sentencia, sea cual fuere, con la resignación del que puso todas sus energías á hizo cuanto le fué posible en defensa de una causa noble, de una causa justa.

No se nos oculta que para llegar á la

cumbre hay que salvar la pendiente y que ésta suele ser tan resbaladiza que la mayoría de los que osan ascender por ella ruedan al abismo, sin lograr poner el pie en la meta de sus aspiraciones. Pero no importa; nos alientan las palabras que en determinada ocasión, muy parecida á la presente, hubo de escribir el eminente maestro Don Benito Pérez Galdós. Y en el caso de que por nuestros escasos méritos no merezcamos tu apoyo, diremos lo que aconsejaba el autor de los Episodios Nacionales: Paciencia y voluntad.

Estas dos últimas palabras serán siempre nuestro lema, nuestra bandera de combate, el lenitivo que calmará nuestro mal, el bálsamo consolador que nos cure las heridas producidas por la imposibilidad de que nuestros sueños halagadores se conviertan en alegre realidad.

Nuestros propósitos son muchos; tal vez la mayor parte de ellos imposibles de llevarlos á la práctica por resultar superiores á nuestras escasas fuerzas; pero ahora nos limitamos á presentarte esta humilde publicación, cuyas columnas quedan abiertas para todos aquellos que sintiendo aficiones por la Literatura quieran colaborar con nosotros, y puede ser

que, en no lejano día, tengamos ocasión de felicitarnos por haber coadyuvado con este insignificante, pero sincero apoyo, á que parte de la juventud intelectual que hoy yace en el anónimo logre escalar algún envidiable puesto en el Arte que, para gloria de nuestra querida España, cultivaron maestros tan insignes como Zorrilla, Cervantes y otros que no es necesario enumerar.

Acógenos, pues, con benevolencia teniendo presente que sabremos corresponder á los favores que otorgues á Los GOLFOS DEL ARTE.

La Redacción.

NUESTRAS CARICATURAS

Estrena la colección de caricaturas José Jiménez Masa, primer *golfo*... del Arte (entiéndase bien), y que aparte de escribir... á la familia, tiene ratos de inspiración poética y se *las trae* haciendo *cositas* literarias.

En fin, Jiménez Masa nos demostrará en su *record* bohemio que la *masa* existe en él y que es de la fina, no *gris*, queridos lectores.

SÍMBOLO

Cierta noche de invierno, vi á unos desarrapados chiquillos agazaparse, tiritando de frío, contra una esquina, en un grupo compacto, en que recortaba también su perfil elástico tal cual perro vagabundo.

Una nevada deshacía sobre la quietud de la noche su gran rosa blanca.

Los teatros se cerraban, y varios tumultos de gentes invadían las calles, bajo la protección de los paraguas abiertos como murciélagos gigantescos.

Por aquella esquina dobló un carruaje crepitante, de pomposas libreas y ruedas engomadas; al través de sus cristales pudieron adivinarse siluetas aristocráticas de damas embutidas en pieles. ¿Del Real? Los pilluelos miraron pasar el carruaje, y pensaron en el teatro. De pronto, uno de ellos reparó en el anuncio de la función de aquella noche, pegado en tal esquina: púsose en pie, saltó y arrancó largamente el vistoso cartel. Entonces, otro de ellos rasgó una cerilla... Y por unos momentos, con la improvisada fogata, se calentaron los pilluelos.

Y bien: este poema callejero, que sorprendí una noche de invierno, me viene á la memoria, á propósito de las líneas que quieren de mi pluma *Los Golfos del Arte*.

Golfos amigos: ya que no podéis encaramaros sobre los rotativos, coged un puñado de hojas impresas y prendedlas fuego, para calentaros en las horas frías de la desesperanza.

¿Este periódico tal vez es el puñado de hojas de que hablo? Pues manos á la obra: ¡coged una cerilla fantástica, y rascadla contra mi corazón!...

José Santos Chocano.

Madrid, 1907.

Obra nueva. — Nuestro particular amigo D. Alfonso Rodríguez, ha terminado una zarzuela y en breve se estrenará en uno de los teatros de la corte.

CARIÑO PURO

(A mi futura mamá política en el día de su santo).

Señora doña Juliana:
con el respeto debido,
(¡Respeto!... Nunca he mentido
tanto y de tan mala gana),
la mando de corazón
y con verdadero gusto,
(¡Una bala de cañón,
á ver si muere del susto!)
en este tan fausto día,
mi más franca y más sincera
felicitación. (Si fuera
la última vez ¡qué alegría!)

Quisiera en estos renglones
mi cariño demostrarla,
(mi gusto sería darla
dos palos en los riñones);
pero como no poseo
dotes claras y brillantes...

Ya sabe usted mi deseo:
(¡Que se muera cuanto antes!),

que viva usted muchos años
(¡Horror!) y que no se aflija
aunque sufra desengaños.
(¡Y herede pronto su hija!)

Este es mi noble pensar
y mi ilusión verdadera.
(Si, sí. ¡Mercedilla perrera
la daba sin vacilar!)
Sin más, puede disponer
de este su yerno futuro,
(¡Que la ahorcaba de seguro
como lo intentase hacer!)
que de usted atento queda
y seguro servidor,
(¡Narices! Yo no, señor.
¡Antes moro!)

Luis Moreda.

(por la publicación).

Vicente Garrido

UN SUEÑO Y UNA REALIDAD

Durante las primeras horas de la noche
teníamos la costumbre de reunirnos en el
café X... unos cuantos amigos, bohemios
del arte, y yo.

Sentados en derredor de la mesilla de
mármol y apurando sorbo á sorbo, entre
bocanadas de humo, el exquisito *recuelo*,
como designaba Enrique al café que nos
servían, solíamos hablar, entre la mayor

algazara, de todo cuanto podía cautivar
nuestra atención, sirviendo al mismo
tiempo de base para hacer algunos chistes.

El arte, los sports, la política, los to-
ros, el último estreno, las mujeres; todo
se comentaba entre nosotros y en todo
ejercíamos de críticos, manejando el escal-
pelo á discrección.

Allí les sacábamos punta, como vulgar-

mente se dice, á cuantos sucesos acaecían durante la semana.

Entre los más asíduos concurrentes á nuestra pequeña tertulia figuraban, distinguiéndose siempre por sus continuas discusiones, dos muchachos de muy noble corazón, pero cuyos caracteres é ideas eran diametralmente opuestos: Enrique, joven soñador y poeta, era enamorado hasta la exageración; Alberto, por el contrario, era escéptico, filósofo y enemigo irreconciliable del bello sexo.

Aquella noche había recaído la conversación sobre la mujer, tema favorito y predilecto tratándose de gente joven que siente hervir en sus venas el fuego de la sangre moza.

Como acontecía de ordinario, habíase entablado una encarnizada discusión, siendo sus principales instigadores Alberto y Enrique.

Uno y otro exponían poderosos argumentos en pro de lo que ellos llamaban su bello ideal. El poeta, afirmaba que la mujer era el ángel tutelar del hombre, el galardón de sus constantes desvelos, el origen de todos sus afanes y el afán de todos sus ensueños. El filósofo, decía, por el contrario, ^{capitular a un} ~~que era un valiente~~ para los vicios y desenfrenos del macho; que siéndole ^{esta} ~~voluble y hermosa, basta~~ una sonrisa suya para enloquecer á los incautos juven- ^{ellos tuvieran} ~~tos~~ ^{que} ~~eran~~ la desdicha de quedar aprisionados en las diabólicas redes que con tanta maestría saben tender.

A este punto llegábamos de nuestra discusión—la cual parecía tener trazas de no acabarse en toda la noche—á juzgar por

el giro que tomaba—cuando acertó á entrar en el café otro compañero nuestro á quien hacía bastante tiempo que no veíamos por ninguna parte.

Un aluvión de preguntas é indirectas cayó bruscamente sobre el recién llegado, quien, puesto en antecedentes sobre el objeto de nuestra conversación y en medio de las innumerables *cuchufletas* que cada uno de nosotros le dirigíamos, tomó cachazosamente asiento á nuestro lado, ^{en} ~~encendió~~ ^{pasajalmente} ~~pasajalmente~~ un cigarrillo, y arrojando por ^{la} ~~su~~ boca una espesa bocanada de humo, que ascendió en el espacio formando caprichosas espirales, se expresó en los siguientes términos, mientras apuraba, poco á poco, su taza de café.

No voy á ^{intentar} ~~intentar~~ demostraros quién de los dos combatientes lleva ~~todo el peso~~ ^{de la razón} en este caso; sólo si os diré, para vuestro regocijo, que una soberbia matrona—ficticia ó real, puesto que no hace al caso—va á ser el origen de toda nuestra ventura y el primer escalón que coloquemos sobre el pesado edificio de nuestra gloria...

Un unánime murmullo de curiosidad acogió estas últimas palabras del narrador, ^{que} ~~el cual~~ continuó diciendo, sin inmutarse:

^{Es} ~~Es~~ ahora bien, dejando á un lado toda clase de preámbulos—que suelen ser cansados y enojosos, por regla general—voy á entrar de lleno en lo importante de mi relato, que es, al mismo tiempo, una verdadera proposición, ^{que os voy a} ~~que os voy a~~...

Amodorrado la otra tarde, digámoslo así, á causa del excesivo trabajo que me

© Biblioteca Nacional de España

DE SOBREMESA



—¿Pero tú te crees, Nicasia, que yo juego con las hembras cual si fuérais carambolas?... Ten un poco de mollera ú criterio, que es lo mismo, y recapacita y piensa que la madre de este cura lo echó al mundo con la idea de que á ti sola, ¿lo entiendes? á ti sola te quisiera. Conque ya lo ves.

—Y entonces ¿pa qué hablas con la Nemesia? ¿Pa qué miras con tanta alma cuando ves á Desideria?

—Porque como yo soy tuerto,

y aluego ella es tan pequeña, quiero evitar que algún día nos tropecemos yo y ella. Y eso es todo. Y tú ya sabes que estos pies y esta cabeza, y estas manos y esta boca, y esto que dentro se encierra si se mueven es por ti; pa las demás... carne muerta. Eso es.

—Bien. Y la otra tarde que estuvistes en las Ventas, ¿con quién te fuistes, mal hombre?

—Yo me fui con la *Morena*. Pero no fué culpa mía el que se empeñara ella

en llevarse cinco amigas
que se encontró en la Carrera.
Y comprenderás, si quieres,
y razonarás, si *piensas*,
que yo con seis ¿dónde iba?
A ningún lao. Es la cierta.
Y por eso yo me dije,
ó se lo dije á ella mesma:
«Escucha; ya que no hacemos
lo que creo que se debiera...».

—¿Y qué ibais á hacer?

—Escucha.

«Ya que ves que las ofensas
que m'has hecho no podemos
aquí, solos, resolverlas,
echémoslas al olvido.»
Y ambos dijimos *Requiescan*.
Y s'acabó.

—¿Y luego?

—Luego,

como quíá que se echó tierra
á lo pasao, y como hubo
entre los dos paz completa,
celebremos el arreglo
con unas cuantas botellas
de diferentes bebidas...
¡Chical... ¡Hicimos una mezcla!...

—Muy bien. ¿Pero y luego?

—Luego...

Tomamos la carretera
mu risibles; pero entonces
se nos subió á la cabeza
la mezclilla, y empezamos
á tocarnos sin concencia
el amor propio. Y fué cuando
yo repartí unas chuletas,
con doble ración quien quiso,
y allí se acabó la fiesta.
Me llevaron á la preven,
con fianza me libertan,
y por eso es el pedirte
que me des siete pesetas.
—¿Y esa es la fianza?

—Es claro.

Como tengo concencia
con esa gente, me bajan
siempre alguna cosa.

—Entrega

esa fianza y no cuentes
más conmigo. Toma.

—Venga.

Y ya t'he dicho, Nicasia,
que esto que dentro se encierra
Dios se lo puso á este cura
pa que á ti sólo quisiera.

A. Rodríguez.

LUJO MACABRO

La fiesta de todos los Santos, nombre con que la Iglesia señala en sus anales la que hoy se celebra, es una fiesta triste, porque encierra en su alma infinidad de amarguras; triste, porque nos trae á la mente de todos el recuerdo de seres queridos; más triste aún porque el poder del oro sobrepuja por millonésima vez al sen-

timiento humano y le derrota tras una oculta lucha entre el deber y el deseo, obligándole á sucumbir á su capricho y mofándose de él al mostrar su punzante daga con la que nuevamente alcanzó victoria.

Y embebido en este horrible pensamiento, contemplo, y casi inconsciente

sigo á los que, como hormigas, y en confuso montón, entre un ir y venir incesante, acompasado, marchan camino del Camposanto, y ya en este lugar, última morada de los que fueron, admiran con éxtasis tal cual mausoleo que se yergue majestuoso, espléndido, soberbio, entre una infinidad de luces de todos colores, y al que dan guardia de honor cuatro hombres enlutados, graves, inamovibles, tal que si fueran inanimados, ó como si guardasen en su recuerdo memoria imperecedera de aquel á quien velan. Son criados. Hombres pagados para aparentar lo que no sienten; el oro venciendo una vez más el poder de la voluntad; la miseria conducida al sacrificio, si sacrificio es por un puñado de cobre verse allí expuesto, sólo como adorno, para que los curiosos admiren, atraídos por tanta majestuosidad y comprendan en forma clara y perfecta que, aun después de la muerte, continua el lujo y los honores para quien en vida los recibió, mientras que los suyos, seres tan queridos y dignos como los otros, se pudren debajo de la tierra sin poderles dedicar un recuerdo en armonía con los dictados de su conciencia.

Contemplo con profunda tristeza cómo la muchedumbre se apretuja y agolpa ávida de presenciar aquella magnificencia fúnebre, loando el sentimiento de sus familiares y pronunciando mil y mil veces el nombre de aquel que yace bajo las losas de blanco marmol, rodeado de soberbio lujo y custodiado por personas cuyo pensamiento, por razón natural, estará muy lejos de él.

Contemplo con más tristeza, si cabe, que esta muchedumbre, al pasar por delante de modestas tumbas, solas, abando-

nadas, donde reposan los restos de hombres de talento, artistas que supieron honrar su patria, héroes que dieron su sangre y su vida por ella, ni son para recordar sus gloriosos nombres, ni para descubrirse ante sus sepulturas, ni menos para elevar una triste plegaria por aquellos que, rindiendo culto al Arte, murieron pobres y hubo que sepultarlos de limosnas donadas por personas caritativas.

Con las lágrimas arrastrando mis ojos y el corazón oprimido de dolor, salgo del fúnebre santuario y medito; el pensamiento humano es horroroso á veces; se admira el lujo, y el Arte pasa inadvertido; después de muerto el rico, se le guarda recuerdo; después de muerto el artista, se le olvida; la riqueza, prevalece por siempre; el laurel, se seca; el honor que alcanzó el oro, se eterniza; el honor que alcanzó el talento, se esfuma; el dinero, vive; el Arte, muere.

¡A veces, qué horroroso es el pensamiento humano!

Manuel Fernández.

ADVERTENCIAS

Rogamos encarecidamente á las personas que reciban este número que lo devuelvan á su procedencia, en caso de que no quieran ser suscriptores. De lo contrario se les considerará como tales.

Los suscriptores de provincias harán el pago, por Giro Mutuo, sobre monedero ó letra de fácil cobro. No se admiten sellos para pagos.

REBELDIAS

Sobre rocas que al embate faribundo de las olas
se resisten y se oponen con indómito valor,
estas líneas trazo inquietas con mi pena y duelo á solas,
duelo y pena que en mi pecho ha causado un falso amor.

¡Qué tranquilo viviría si cruzado en mi camino
no se hubiese, por desgracia, una pérdida ideal!...
Esto pienso — ¡qué tortura! — maldiciendo mi destino
sin que alivio sienta nunca que calme este duro mal.

Por todos los medios trato de olvidarla... Es imposible.
La cabeza nunca manda al vehemente corazón.
y por más que yo me esfuerzo, mucho, mucho, lo indecible,
no consigo que del pecho se me borre esta pasión.

Nueva y linda (una mujer), ha dejado una honda huella
en mi mente soñadora que se forja ideas mil.
No consigue, aunque es hermosa, no consigue, aunque es muy bella,
que yo olvide la figura... la figura de la vil.

¡De la vil!... No me arrepiento de la frase, que repito
entre cóleras y rabias, derramando amarga hiel.
Fué traidora, fué culpable, fué la autora del delito
que purgando ahora se encuentra por no ser á mi amor fiel.

Ruge el mar embravecido; van las olas á la orilla
y en espuma se deshacen, cual sucede á mi ilusión;
cruza rápida, ligera, por el agua una barquilla
como cruza por la vida mi doliente corazón.

Luce el sol con frialdades de las tardes tormentosas;
por Oriente va escondiendo su figura de titán...
Mientras tanto mis cariños, mis pasiones amorosas;
¿en qué alma pura, en qué sitio su calor ocultarán?..

Ya la vida que se anhela, ya el vivir que tanto gusta
me entristece con nostálgico, con terrible malestar.
Es preciso, necesario, puesto que *el amor avista*
de los sueños amorosos con la vida despertar.

Despertemos á la vida con esfuerzo sobrehumano;
las cadenas amorosas destrocemos de un tirón.
Adelante, no haya miedo, que la sangre en nuestra mano
puede ser para la vida un glorioso galardón.

Soñadores... despertemos!... pronto, pronto, que es llegado
ya el momento de que suene nuestro bélico clarín.
¡Despertemos, sí, poetas, despertemos del estado
tan infame y traicionero, tan cobarde y tan ruín!...

Mariano Parra-Cañas.

DULZURAS DE UN AMOR

Frontera á mi cuarto habita una parejita de pichones, quienes distraen á menudo mi atención, pues en bonachona intimidad ó en inconsciente discordancia, esto es: alternando la sensatez con la locura, hacen de su nido paraíso ó infierno á un tiempo.

Si describo los personajes, haré notar qué ella—angelical criatura de veinte abriles—es rubia, de ojos grandes y muy azules; un tinte rosado empaña sus mejillas de seda, y dos granates denotan la frescura de sus labios aun infantiles. El, en cambio—, acaso para hacer efectiva en todos sus puntos la paradógica controversia—, es moreno de tez; de ojos y rizos negro mate, de esbelta y arrogante figura...

No hace mucho tiempo y en una entrevista confidencial con la portera de mi casa, me enteró que la *infeliz* pareja se había unido *amistosamente* y que él, pintor decorador de oficio, llenaba las necesidades de la casa con su jornal diario, no malo, por cierto, con relación al de otros oficios. Y como yo insistiera con mi interlocutora sobredeterminado punto, me contó también que las continuas y á veces muy marcadas coqueterías de ella, daban motivo á muchas reyertas.

Envidiando la dicha de estos matrimonios eventuales—y perdonen el concepto—me encontraba la otra noche en mi cuarto de trabajo, cuando pude apercibirme que en la habitación de mis cándidos vecinos ocurría alguna novedad. Atraído

por la curiosidad que despiertan en mi ánimo las pasiones amorosas, me acerqué presuroso al lugar donde se desarrollaba la escena y pude darme cuenta de lo que en el interior del cuarto sucedía. Los picaros celos, el gusanillo roedor de todos los corazones enamorados, llevaba nuevamente la discordia al nido de aquellos infelices pichones y el galán, creyéndose engañado, desahogaba su cólera, arrojando sobre el rostro de la *infel* toda la vergüenza de sus faltas, pero ella, entera en su papel de mujer honrada, repelió oportuna la agresión de su amante, pidiéndole pruebas ó datos con los cuales justificara sus acusaciones. A las razones de aquélla, siguieron nuevos insultos, nuevas acusaciones de su irascible compañero, y cuando yo me imaginaba terminada la riña é hice propósitos de retirarme á mi cuarto, sentí la voz ronca del amante que decía: «Puesto que tu conducta me arroja de esta casa, me marchó para siempre; entiéndelo bien: para siempre».

Yo, estremecido, salí á cortarle el paso á las escalerillas; le pedí—aunque en nada me atañaba—explicaciones por su actitud; pero él, ébrio de ira y acelerando la marcha, masculló entre dientes: «Ella tiene la culpa por infame, mi amigo; otras veces he vuelto, pero lo que es hoy... hoy acabó todo». El se fué calle arriba en aparatosa actitud y yo torné á mi recogimiento, lamentando la suerte de los dos inocentes pichones, á quienes había trocado el destino la dicha en tragedia.

A la mañana siguiente volví á celebrar

otra entrevista con la portera para conocer su opinión sobre el escándalo de la noche anterior, pero la buena señora me contestó con ironía: «Buenos están los dos, señorito; lo de ayer ya pasó y hasta otra». Pero ¿cómo—;exclamé confuso— él ha vuelto? «Anda, anda—agregó mi amiga—¿que si ha vuelto? ¡A la media hora! El amor de esta gente es así... á golpes; el día que les falten estas cosas será cuando terminen de una vez, pero mientras!...»

Me marché anonadado por las explicaciones de mi portera, y cuando más tarde me puse á considerarlas, noté, ya gozoso, que el amor de mis vecinos era una realidad.

Eladio F. Egocheaga.

DE LA CALLE



EL SERENO, POR CELE

CRONIQUELLA

Lector amable: Me encuentro en estos momentos en el compromiso mayor de mi vida. Y tú dirás, con tono un poco displaciente, tal vez; ¿y á mí qué? Muy bien dicho.

Pero es el caso, que... Vamos por partes. Yo te suplico, que me atiendas y que no te impacientes. Seré breve.

Los simpáticos fundadores de esta revista, son unos excelentes amigos, á quienes debo toda clase de atenciones. Y una vez hecha esta declaración importante, voy á explicarte el compromiso en que *me he metido* y al que antes he hecho alusión.

Pues, verás. Paseaba yo, por una de las vías principales de Madrid, donde los *elegantes* tienen la mala costumbre de esccionarse, para *ver*, y, sobre todo, *ser vistos*, y además, para molestar á los transeuntes, estorbándoles el paso, cuando me vi sorprendido por unos brazos amigos que rodearon mi cuello. Eran varios camaradas míos. Cambiamos un afectuoso saludo y de buenas á primeras, me dice uno de ellos:

—Oye, Fulano. Tú sabes que existe una juventud, aficionada á cultivar la literatura, el dibujo, el teatro, etc., y que por modestia, unas veces, y por falta de medios, las más, no se exterioriza, no se presenta al público, al verdadero público, al que *pega* y *mima*, al que *quita* y *da*, y el fruto de sus trabajos queda ignorado, conocido, cuando más, del reducido círculo de sus amistades. Pues, bien: es muy justo que esto acabe. Nosotros, los más humildes de esa legión de artistas

embrionarios, luchando bravamente, trataremos de remediarlo en la medida que nos permitan nuestras escasas y débiles fuerzas. La fe y la voluntad, son nuestras únicas armas. Vamos á empezar por poner á disposición de los que escriben, un periódico. Si el favor del público y de esa gente moza, especialmente, nos ayuda, ensancharemos nuestro campo de acción. Asaltaremos el Teatro, por méritos, se entiende; abriremos exposiciones, celebraremos concursos artísticos y, en fin, todo cuanto tienda á proteger y á elevar á esa clase de muchachos apasionados por el Arte, ilusos y locos la generalidad de ellos, pero todos dignos de nuestra admiración y simpatía.

Después de una pequeña pausa, añadió:

—Contamos contigo para llevar á efecto nuestros propósitos. Conque, manos á la pluma. ¡Ah, no valen excusas!

Y dándome todos unos fuertes y efusivos apretones de manos, los vi desaparecer. Efectivamente. Mis razones, expuestas para no aceptar el encargo de aquellos buenos amigos, no me sirvieron de nada.

Y, hé aquí, lector, el compromiso de que te hablé al principio de esta insulsa croniquilla. ¿Cómo, sin haber escrito jamás una línea para la imprenta, he contraído esta gratisima obligación, aunque, sumamente difícil para mí, de escribir algo para LOS GOLFOS DEL ARTE? No lo sé. Sin duda las palabras de mis amigos me fascinaron de tal modo, que aun siendo yo el que mueve la pluma, sea el espíritu de ellos el que dicte.

Fulano de Tal.

UN CARÍÑO MENOS

Hasia el sementerio
marchaban despasio,
y la caja iba toa cuajalca
é rosas y nardos.

—
¡Qué bonico era!
¡Q'alegre y qué guapo!
En su cara, Dios puso tolca
la sal é sus manos.

—
Toicos los dias
venia á mi patio,
y gritando ¡agüelito! corria
á echarse en mis brazos.

—
Su maere ¡Dios mio!
ar niño, á su Paco,
con delirio y pasión aoraba,
¡tal que si juá un santo!

—
¡Que naide le toque!
Ni aun sólo mirarlo,
y á ver si me cuida mi bien, agüelito,
q'es todo mi encanto.

—
Así nos decía
al vernos marchando,
y Paquillo, reia y reia,
y andaba despasio.

—
Un día mu triste,
¡lloro al recordarlo!
Er pequeño, á mi patio no viene;
¡no viene á alegrarlo!

—
Mas vino su maere,
con pena y con llanto,

y con gritos que el arma partían,
me ijo llorando:

¡Qué pena, agüelito!..
¡Qué penal... Mi Paco...
¿No lo sabe?... Yo no sé isirlo...
¡Está agonisando!

¿Que Paco agonisa?
No es posible; vamos.
Er ¿á quién hiso mal en er mundo
p'así castigarlo?

¡Mas si que era siertol
Yo lo vi escansando
en una cajita, mu blanca, llenito
é rosas y nardos.

Más tarde, unos hombres,
con finjio llanto,
á enterrar se llevaron ar nene,
¡á mi pobre Paco!

Su maere, le llora;
yo, no le he orvidao;
¡q'er cariño cuando es verdadero,
quea bien grabao!

Tólcas las tardes
me voy mu despasio
á poner en la tumba der nene
claveles y nardos.

Las piernas se doblan
al peso é los años;
mas tranquilo la muerte ya espero;
que venga, q'aguardo.

Que er mundo no es mendo,
y er mundo es mu malo

cuando falta er cariño y alerto
del sér adorao.

.....
¡Hasia er sementerio
marchaban despasio,
y la caja iba toa cuajaica
é rosas y nardos!

Luis Ramos y Sánchez.

Reflexiones.

Es nuestro afán el vivir;
luchamos por la existencia,
y cual fatal penitencia
sólo logramos morir.
Nuestro lema es el sufrir,
se sufre porque es razón,
se atormenta el corazón
con ilusiones que nacen,
y que luego se deshacen
sin pasar de la ilusión.

¡Amistad!... ¡Vana quimera!
Encontrarla en esta vida
donde la traición anida,
es la dicha verdadera
Mas la dicha es pasajera,
y lo que es así no dura,
luego el feliz no perdura.
Pues si no existe aquí nada,
¿para qué la vida amada
que nos llena de amargura?

Carlos Rigodón.



EL MENDIGO

Miradle por las calles andando lentamente,
sumido en pensamientos que asustan su vivir;
surcada por arrugas está su pobre frente
que inclina hacia la tierra llamándole á morir,

Las calles y plazuelas recorre todo el día
en el helado invierno, con lluvia torrencial;
contempla indiferente la gran algarabía
y en un bastón sostiene su cuerpo desigual.

Cubre sus carnes flacas con un gabán mugriento,
recuerdo de otros días de holgura y esplendor;
horas que ya no vuelven le van al pensamiento
y al cielo su mirada dirige con fervor.

Mirad cómo su marcha detiene con trabajo,
y entonces á vosotros veréis como saldrá
diciendo con angustia y en tono humilde y bajo:
«¡Señor... una limosna, que Dios le premiará!»

.....

Es el mendigo hambriento que caridad implora;
es el que la miseria en mísero trocó;
es el que sin consuelo sus infortunios llora,
¡anciano venerable de quien el mundo huyó!...

Con el cabello blanco su rostro es respetable,
y compasión infunde su acompasado andar;
quizás un alto puesto, ayer, muy envidiable
desempeñara y ahora le vemos mendigar.

Andando, siempre andando, cansado y abatido,
humilde, una limosna suplica con afán,
y cuando la recibe, llorando, agradecido,
bendice la moneda que le concede el pan.

.....

Y al recordar sus ojos, conjunto de expresiones,
y al encontrarme solo, en grata soledad,
en un mundo ficticio de tristes emociones...
acabo preguntando: ¿existe caridad?

.....

Julio Mur y Suárez.

EL HIJO 33 CUENTO

En un barrio de Madrid vivía un matrimonio modelo. El era un modesto funcionario público, de fino trato y correcto en sus formas, siendo todos los actos de su vida presididos por la más exquisita prudencia y honradez, sin otro afán que trabajar firmemente para labrar la fortuna de los suyos. Ella era de trato amable, hacendosa; en la vecindad era querida y respetada por sus buenas costumbres. En una palabra: eran dignos uno del otro, amándose con toda la fuerza de su alma.

En aquel nido de amor, todo era felicidad y ventura. Pasado algún tiempo tuvieron sucesión. Un hermoso niño vino á aumentar la alegría de aquellos honrados esposos. El vástago fué creciendo, y á medida que esto sucedía los padres redoblaban sus caricias.

Como la felicidad es imperfecta, no podía durar mucho la ventura en aquella mansión y el horizonte de su dicha pronto se vería nublado por alguna desgracia.

Un día amaneció el niño enfermo y avisado que fué un facultativo, declaró que era impotente la ciencia. El pequeñuelo estaba herido de muerte y á los dos días falleció. La escena que se desarrolló fué conmovedora en extremo.

Pasado algún tiempo, la infeliz madre acudía todos los días al cementerio donde reposaban los frios restos del hijo de sus entrañas. Aquella desventurada buscaba en la soledad del camposanto un lenitivo para calmar la amargura de su lacerado corazón.

La prolongación de estas visitas contribuyó á que su salud se fuese desgastando poco á poco, haciendo temer á su esposo una nueva desgracia, viéndose obligado á imponerse, prohibiéndola que las continuara. Ella le juró que le obedecería, tranquilizándole con esto.

Al día siguiente volvió á repetir sus visitas. La desgraciada madre creía que cometía un crimen no visitando á su hijo. Imaginaba en su alucinación que el inanimado cuerpo de su pequeño podía salir de la tumba en que dormía el sueño de la muerte, demandando con sus manitas frías una caricia de la que le dió el sér.

La autoridad del esposo habría sido por primera vez desobedecida por su mujer, puesto que todos los días acudía al cementerio.

Quiso la casualidad que un día el cónyuge, algo indispuerto, se retirase de la oficina más pronto que de costumbre. Al volver una esquina, le pareció ver á su esposa que con paso acelerado caminaba en dirección contraria á la calle donde vivían y la siguió, observando que repetidas veces volvía la cabeza, haciéndole entrar en sospechas este detalle. Por primera vez de su vida sintió celos. Esa terrible enfermedad que con tanta frecuencia se aprisiona nuestro sér y haciéndonos juguete de su capricho se apodera de nuestra razón y ofusca nuestro entendimiento, había encontrado una víctima más.

Con el corazón traspasado por la duda, siguió caminando detrás de su dulce compañera. Por el camino trazó planes siniestros; el vértigo de los celos se posesionó de él; el deseo de matar se aferró á su

acaloradamente con fuerza abrumadora... Y cuál no sería su sorpresa al ver que su esposa entraba en el camposanto...

Todo el mar de dudas que se había forjado, desapareció ante la realidad. ¡Qué mezquinos somos! ¡Qué pobres de espíritu!—exclamó arrepentido.

Corriendo como un loco, avanzó hasta alcanzar á su mujer y poniéndose de rodillas ante ella, dijo: «Soy el más criminal de los hombres; he dudado de tu virtud acrisolada; he descendido hasta el fango al tener celos de ti! ¡Castígame!»

La mujer emocionada por aquel acto, haciéndose cargo del dolor de su esposo y despreciando las flaquezas humanas le contestó.—Lloremos por nuestro hijo.

Aquel hombre anonadado por tamaña grandeza de alma, ocultó el rostro entre sus manos y obedeció á su esposa como un autómatas prorrumpiendo á llorar como un niño.

José Jiménez Masa.

POSTAL

Podrán mis flores parecerle abrojos, más declaro que Elvira, mi vecina, cada vez que me mira, me asesina con los puñales de sus lindos ojos.

Paco.

Carnet de apuntes.

Un músico.

Al salir nuestro primer número y dedicada como está nuestra Revista á dar á conocer los nombres de la juventud que

se afana por el engrandecimiento del Arte en general, señalamos la figura de nuestro queridísimo amigo Luis Lobera, primer premio de Amonía en el Conservatorio, como una figura notable y una esperanza más que añadir al Arte Lírico español.

Escultor fallecido.

Victima de traidora enfermedad ha fallecido en Salamanca el joven escultor Don Alejandro Petit.

Nos asociamos al justo dolor que embargará en estos momentos á sus afligidos padres.

Nueva sociedad.

Unos cuantos jóvenes entusiastas del Arte de Talía se proponen constituir una sociedad donde se prestará apoyo á actores y autores noveles.

Una comisión competente trabaja en la confección de los estatutos que han de regir en la futura entidad.

Tan pronto como esté terminado su reglamento, lo daremos á conocer á nuestros lectores.

Apertura de curso.

El día 27 del pasado mes, se verificó en el Fomento de las Artes, la apertura de curso con asistencia del Subsecretario de Instrucción Pública, Sr. Silió y otras varias personalidades.

Correspondencia.

En el próximo número y en una sección que titularemos Correspondencia, daremos cuenta de los trabajos recibidos.

IMP. VALVERDE, 33, MADRID

ANTIGUA CLÍNICA DEL
Dr. Morales
Sífilis-Venéreo-Impotencia
Consultas: De dos á cinco.
Carretas, 39, Madrid

Peluquería y Barbería
JULIO GIL
Jardines, 11, Madrid.
Precios reducidos.
Limpieza esmerada.
Aseo, prontitud, economía

¿Desea usted saber cual es el establecimiento más popular en Sombreros elegantes y más duración?

VELASCO

Sucesor de Dupuy. — Más barato que yo ¡nadie!
Preciados, 21, Madrid.

Doctor Zúñiga
Peligros, 4, Farmacia.

Cuerpos químicos para reactivos.
Materias colorantes para microscopias. Soluciones valorada.

Escuela Práctica de Comercio

Montera, 43, 3.º derecha.

Clases de Contabilidad, Cálculos y Caligrafía

QUINCE pesetas al mes

JUAN HILLAN
Montador de aparatos eléctricos y toda clase de instalaciones.
Clavel, 5, Madrid.

Nuevo Kananga
Magdalena, 5

En este acreditado establecimiento se sirve una rica taza de café por 15 céntimos.

Isidoro García
A la Puerta del Sol, 15, principales. Madrid.

Sedería. — Lanería. — Lutos. —
Confecciones. — Géneros blancos. —
Alfombras. — Perfumería. — Ropa blanca.

Gran casa de saldos.

Los Golfos del Arte

REVISTA LITERARIA—COLABORACIÓN LIBRE



Se publica los días 1 y 15 de cada mes.



Redacción y Administración: **Madera Alta, 42, 3º., dcha.**



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Un trimestre. 1,00 peseta.

PROVINCIAS

Un trimestre. 1,25 »

Un semestre. 2,25 »

Un año. 4,00 »

EXTRANJERO

Un año. 5,00 francos

Número suelto, 15 céntimos. Atrasado, 25

Anuncios á preeios convencionales.